

Creo que me permitirán ustedes apartarme unos minutos del protocolo y dedicar en primer término un homenaje de respeto a las víctimas y a los sobrevivientes. A quienes con su martirio, o con su testimonio, hicieron y hacen que siempre se recuerde lo inolvidable. Su sufrimiento no habrá sido en vano si contribuye a impedir que ese horror vuelva a repetirse. Si ayuda a que los seres humanos, tan propensos a eludir o a minimizar lo trágico y aun lo desagradable, jamás olviden.

El señor presidente de la República me ha pedido que lo represente en este solemne acto de recuerdo. A la vez que transmitir a usted su cordial saludo, quisiera manifestarles cuán emotivo resulta para mí regresar a esta casa, donde transcurrieron tantos años de mi vida, y que uno de mis primeros actos públicos como ministro de Relaciones Exteriores y Culto de Costa Rica se realice en la sede de la Corte Interamericana y esté además directamente relacionado con los derechos humanos.

Desde mucho antes del Holocausto ya se había hablado de los Derechos Humanos. Incluso en 1908 se había inaugurado en nuestra ciudad de Cartago la Corte de Justicia Centroamericana, primer tribunal internacional de la historia del mundo que tuvo jurisdicción para conocer casos de Derechos Humanos. Pero a pesar de ese y algún otro honroso antecedente, lo cierto es que durante demasiado tiempo se consideró que los derechos humanos eran un asunto interno de los estados, que la soberanía era más importante que la dignidad de las personas, y así lo defendían incluso líderes y juristas de gran talla moral. Hasta el Holocausto. Hasta que el Holocausto demostró los extremos de horror y perversidad a que podía llegarse.

El Holocausto sacudió la conciencia del mundo y Costa Rica no fue la excepción. Para quienes pocos años antes minimizaban las persecuciones contra los judíos, fue la hora además de darse cuenta de que la lista del exterminio no se limitaba a aquellos, sino que comprendía a muchas otras personas, por sus discapacidades, por su orientación sexual, por su nacionalidad, por sus ideas políticas. Especialmente sobrecogedor fue para los costarricenses de aquel entonces escuchar de primera mano los relatos de quienes llegaron a esta tierra después de la tragedia. Ya no era una noticia de periódico o del radio: era la historia espeluznante que transmitía una persona concreta y tangible, alguien con voz y con rostro, que ahora era la vecina o el compañero de clase. Alguien que llevaba un nombre, tenía una personalidad, una familia y un alma llena de sufrimientos, pero que quería hacer en Costa Rica una nueva patria.

Este país, que ha tenido la bendición de muchos años de paz y de tranquilidad, a veces también olvida. Hace cien años cayó la última tiranía que ha habido en nuestra historia, y el 15 de setiembre de 1919 se celebró, entre otras cosas, quemando públicamente los cepos y otros instrumentos de tortura que había en las prisiones de los tiranos. Se llevó a los escolares a ver aquellas hogueras, con el ánimo de enseñarles a que nunca olvidaran. Un periódico dijo:

*“... la presencia de los niños en tal acto, tiene una trascendencia que en el porvenir responderá en hombres amantes de la libertad. Comprenderán que ningún hombre tiene derecho a atormentarlos y que la hora de la justicia siempre llega.”*

Lamentablemente eso se ha olvidado. La memoria humana es frágil, y se tiende a olvidar que la democracia también puede ser frágil, si no se lleva inscrita en el alma el respeto por los derechos humanos, sino se comprende lo que significa vivir sin ellos, si no se trabaja diariamente por defenderlos.

Ahora mismo, en nuestro continente sigue habiendo regímenes para quienes los derechos humanos parecen ser una mera sugerencia, e incluso demócratas que disculpan los atropellos, alegando que eso es un asunto interno. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta qué te toque el turno? ¿Hasta que se lleven a tu hijo, violen a tu hija, golpeen a tu madre, apaleen a tu padre, torturen a tu hermano, desaparezca tu hermana o asesinen a tu cónyuge? ¿Hasta qué te ametrallen? ¿Cuál es el mínimo necesario para que te importe?

El mínimo necesario para que nos importe debe ser simplemente la dignidad de las personas. De todas las personas. De las que están aquí y de las que están lejos. De las que se nos parecen y de las que no. De las que comparten con nosotros ideas o credos y de las que discrepan de los nuestros.

Por eso no podemos y no debemos olvidar. Por eso tenemos que alzar la voz cada vez que esa dignidad se deje de lado, cualquiera que sea el pretexto y sin importar quién la atropelle. Por eso, aunque el recuerdo duela, no podemos olvidar. No debemos olvidar.

Señoras y señores:

La Comisión Interamericana y la Corte Interamericana son vitales para la protección y la defensa de los derechos humanos en las Américas. A veces podemos discrepar de sus criterios, a veces podemos censurar sus actuaciones. Pero si un sistema internacional de garantía de los derechos humanos es fuerte y dinámico, resulta también un guardián de nuestro presente y del porvenir de nuestros hijos. No sabemos qué hubiera podido pasar si en el decenio de 1930 hubiera habido un sistema semejante, pero sí estamos seguros de que mantener espíritus vigilantes y sistemas efectivos de protección, en todas las regiones del mundo, ayudará siempre a evitar una repetición.

No sin reiterarles mi agradecimiento por haberme permitido compartir con ustedes esta solemne conmemoración, quisiera dar fin a mis palabras con las emotivas reflexiones de una joven argentina, Clara Hamra, después de visitar uno de los campos de la muerte:

*“Desde chica que me contaron y me explicaron. Varias películas vi. Museos y monumentos también visité. Nunca pude entender cómo se llegó a eso.*

*Pero un día estuve ahí. Caminando con la vida y la muerte. La sensación de la muerte y la vida. Era la muerte cuando me imaginaba un alma paralizada por el miedo caminando por los pasillos. Era la vida cuando volvía al presente y nos veía a todos de pie pisando ese mismo suelo. Era la muerte cuando me mostraban cada tortura y cinismo que se vivió allí. Era la vida cuando veía los ojos de los que estaban conmigo tan desorbitados como los míos. Era la muerte cuando veía las valijas que llegaron ahí y quedaron como tumbas. Era la vida cuando dijimos todos el Shemá Israel recordando a las víctimas. Era la muerte cuando vimos los dibujos de los niños a medida que el terror avanzaba. Era la vida cuando estábamos ahí sin ser atacados. Era la muerte cuando atravesábamos el alambre, cuando veíamos la llegada y la partida de cada prisionero, lo poco que vivía y valía la persona. En ese momento decidí interpretar que nosotros éramos la vida, que mirábamos a esa muerte y que nunca la debíamos olvidar. Es nuestra obligación explicar, mostrar, postear y expresar lo que vimos, lo que nos contaron, lo que sentimos. Porque el tiempo si bien cura, también puede olvidar y eso no es opción.”*

Muchas gracias